



EL GRAN CAPITAN.

EL GRAN CAPITAN.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitan*, nació en Montilla en 1453. Su padre fué Don Pedro Fernandez de Aguilar, rico-hombre de Castilla, que murió muy mozo; y su madre Doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enriquez. Dejaron estos señores dos hijos, Don Alonso de Aguilar, y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa, bajo el cuidado de un prudente y discreto caballero, llamado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria, y todas aquellas virtudes que después manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna; pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor

AUTORES CONSULTADOS: Zurita.—Mariana.—Crónica anónima del Gran Capitan.—Sumario de las hazañas del Gran Capitan, por Hernan Perez del Pulgar, Señor del Salar.—Paulo Jovio.—Duponcet.—Ayala.—Guicciardini.—Giannone.—Herrera, hechos de los españoles en Italia.—Bernaldez, Crónica manuscrita de los Reyes Católicos.—Comentarios de los hechos del Señor Alarcon.

I.

N



Don Alonso de Aguilar, Gonzalo no podía buscar poder; riqueza, ni consideracion pública, sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entonces el reino de Castilla presentaba la mejor perspectiva á sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aquel en que se ejercitan con mas accion y energía. La incapacidad de Enrique IV habia puesto el estado muy cerca de su ruina: los Grandes descontentos; las ciudades alteradas; el pueblo atropellado, robado y saqueado; el pais hirviendo en tiranos, robos y homicidios; las leyes sin vigor alguno; ninguna policia, ningunas artes; todo estaba clamando por un nuevo orden de cosas, y todo dió ocasion á las escandalosas escenas que hubo al fin de aquel triste reinado. Dividióse el reino en dos partidos, favoreciendo el uno al Infante Don Alonso, hermano de Enrique, á quien despojaron en Ávila del cetro y la corona como inhábil á llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del Infante; y entonces fué cuando Gonzalo, muy jóven todavia, se presentó enviado por su hermano en la corte de Ávila, á seguir la fortuna del nuevo Rey, á quien sirvió de paje y ayudó en la guerra.

La arrebatada muerte de este Príncipe desbarató las medidas de su faccion, y Gonzalo se volvió á Córdoba. Mas despues fué llamado á Segovia por la Princesa Doña Isabel, que, casada con el

Príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra las partidarios de la Princesa Doña Juana, hija dudosa de Enrique IV. Es bien notoria la triste situacion de este miserable Rey, obligado á reconocer por hija de adulterio la hija de su mujer, nacida durante su matrimonio, y á pasar la sucesion á su hermana, á quien no amaba: despues, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, á volver sobre sí, y declarar por hija suya legítima á la que antes habia confesado agena, y á destrozarse el estado con este manantial eterno de querellas y divisiones. Isabel, sostenida por la mayor y mas sana parte del reino, y apoyada en las fuerzas de Aragon, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entonces fué cuando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inexperiencia no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le constituían la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardía de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas, y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española, ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los



ojos tras de sí, siempre arrebatada los aplausos; y las voces unánimes de los que le contemplaban, le aclamaban Príncipe de la juventud. Añadiase á estas prendas eminentes la que mas domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin límites, y una profusion verdaderamente real. Cuando Covarrubias un doméstico de la Princesa, vino de su parte á decirle, que cuánta gente traía consigo, para señalarle larga y cumplida quitacion; *Yo, señor maestresala*, respondió él, *soy venido aqui, no por respeto, de interés, sino por la esperanza de servir á S. A., cuyas manos beso*. Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del lujo mas exquisito. Reprendiale á veces el prudente ayo aquella ostentacion muy superior á sus rentas, y aun á sus esperanzas, por magnificas que fuesen; y su hermano Don Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba á que se sujetase en ella, y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entonces le aplaudian. *No me quitarás, hermano mio*, contextó Gonzalo, *este deseo que me alienta de dar honor á nuestro nombre, y de distinguirme. Tú me amas, y no consentirás que me fallen los medios para conseguir estos deseos; ni el cielo faltará tampoco á quien busca su elevacion por tan laudables caminos*. Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.

Muerto Enrique IV, el Rey de Portugal, que habia tomado la demanda de la Doña Juana, hija del Monarca difunto, sobrina suya, y con quien se habia desposado, rompió la guerra en Castilla con intencion de apoderarse del reino, en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta guerra hizo Gonzalo su aprendizaje militar bajo el mando de Don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Mandaba la compañía de ciento y veinte caballos de su hermano, el cual se hallaba en Córdoba, y empezaba á demostrar con su valor y bizarría la realidad de las esperanzas cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solian en los dias de accion vestir armas comunes, para no llamar la atencion de los enemigos: Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacia distinguir por la bizarría de su armadura, por las plumas de su yelmo, y por la púrpura con que se adornaba: creyendo, y con razon, que estas señales, que manifestaban el lugar en que combatia, servirian de ejemplo y de emulacion á los demas nobles, y á él le asegurarian en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Alhúbera le granjeó la alabanza del general; quien dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente á Gonzalo, cuyas hazañas, decia, habia distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal, y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron



su atención á los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder, y necesaria á su política. Ningun medio mas á propósito para aquietar á los Grandes, para afirmar su autoridad, y ganarse las voluntades del estado entero, que tratar de arrojar enteramente á los sarracenos de España. Tuvieron estos la imprudencia de provocar á los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar á Zahara, villa fuerte, situada entre Ronda y Medinasidonia. Esta injuria fué la señal de una guerra sangrienta y porfiada que duró diez años, y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, despues de Gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballería. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase. Señalóse entre los mas valientes cuando la toma de Tajara, y lo mismo le aconteció en el asalto y ocupacion de los arrabales de Loja. Defendia esta plaza en persona el Rey moro Boabdil, poco antes cautivo, despues aliado, y últimamente enemigo del Rey de Castilla. Loja no podia ya sostenerse, y aquel Príncipe encerrado en la fortaleza, no osaba rendirse, temiendo los rigores de su vencedor, justamente irritado contra él. En tal estrecho se acordó del agasajo y obsequios que habia recibido de Gonzalo durante su cautiverio, y esperando mucho de su mediacion, le convidó á que subiese al castillo para conferenciar juntos sobre el caso. Pi-

dió Gonzalo al instante licencia á su Rey para subir. Todos los cortesanos, y Fernando mismo se lo desaconsejaban recelando alguna alevosía de parte de aquel bárbaro. *Pues el Rey de Granada me llama*, replicó él, *para que le remedie por este camino, el miedo no me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal hecho.* Con efecto subió á la fortaleza, y persuadió á Boabdil á que se rindiese, asegurándole de la benignidad con que sería acogido por el Rey de Castilla. Hizolo así; y entregada la plaza á condiciones harto favorables, pudo libremente irse el Príncipe moro á sus tierras de Vera y Almería. Rindióse poco despues Illora, llamada el ojo derecho de Granada por su inmediacion á aquella ciudad, y por su fortaleza. Gonzalo, que en esta ocasion hizo las mismas pruebas de valor y capacidad que siempre, quedó encargado por los Reyes de la defensa de Illora; y talando desde ella los campos del enemigo, interceptando los víveres, quemando las alquerías, y aun á veces llegándose á las murallas de Granada, y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba á los infieles un momento de reposo. Dicese que entonces fué cuando ellos, espantados á un tiempo, y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el título de *Gran Capitan*, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya. Cada dia Granada veía caer en poder de los cristianos alguno de los baluartes que la defendian.



Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida á sus murallas solas, falta de socorros, desigual á sus contrarios, todavía tenía en sí un mal interior, peor que todos estos para completar su ruina. Dividianla tres facciones distintas, acaudilladas por otros tantos que se llamaban Reyes; Albohacen, Boabdil su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *Rey chico*, y Zagal, hermano de Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada despues que Boabdil arrojó de ella á su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada de la ambicion es la insensatez de estos miserables: al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaycin y otro en la Alambra, armándose traiciones, dándose batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dejaban huérfana de los brazos que debian defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos estas divisiones, que ayudaban á sus intentos tanto ó mas que sus armas mismas; y ayudaron el partido de Boabdil. Gonzalo y Martin de Alarcon fueron enviados á Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una estratagema arrojar de la capital á Zagal, y dejar en ella bien establecido al régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, n tenía autoridad para mandar, ni carácter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos, y

hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendin, y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos así los lazos que le hacian respetar de nosotros, los Reyes se acercaron á Granada, y la estrecharon en sitio formal. La bizarría y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras. Quiso la Reina un dia ver mas de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros: los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida: mas él, no contento con lo que habia hecho en el dia, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recoger los muertos. Salieron con efecto, pero en tanto número, y cerraron con tal ímpetu, que su osadía pudo costar cara á Gonzalo, que cercado de enemigos, muerto el caballo, y desamparado de los suyos, hubiera perecido, á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo, cuando se quemó la tienda de la Reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Illora por la recámara de su esposa Doña María Manrique, con quien, por muerte de Doña Leonor de Sotomayor su mujer primera, se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias<sup>1</sup>. La magnificencia de las

1491.

<sup>1</sup> Esta Doña Leonor era hija de Luis Mendez de Se-



ropas y muebles fué tal, tal la prontitud con que fueron traídos, que Isabel admirada dijo á Gonzalo, *que donde habia verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora*; á lo que respondió él cortesaneamente, *que todo era poco para ser presentado á tan gran Reina.*

Por último los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra de parte del Rey Fernando, y por Bulcacin Mulch de la de Boabdil<sup>2</sup>. Las llaves de la plaza fueron entregadas el día dos de enero del año de 1492; y el seis hicieron los Reyes su entrada pública y solemne en ella.

1492.

Entre las mercedes que el conquistador hizo á los guerreros que le habian ayudado en la conquista, cupo á Gonzalo el don de una hermosa alquería, con muchas tierras dependientes, y la cesion de un tributo que el Rey percibia en la contratacion de la seda. Pero, aunque las acciones de Gon-

tomayor y de Doña María de Solier de Córdoba, su mujer, señores del Carpio: Gonzalo no tuvo hijos de ella. Asi resulta del *Compendio historial de la casa de Aguilar y Córdoba*, por Don Blas de Salazar, obra curiosa, que se conserva inédita en algunos archivos. Don Luis de Salazar y Castro en sus *Advertencias históricas*, dá otro nombre á esta Señora, llamándola Doña María, y la supone hija de Garcí Mendez de Sotomayor, sexto Señor del Carpio: pero la razon de los tiempos está por la primera opinion.

<sup>2</sup> Gonzalo en esta ocasion entró ocultamente en Granada con el mismo peligro y la misma resolucion que lo habia hecho en Loja seis años antes.

zalo en toda esta guerra fuesen correspondientes á las esperanzas que habia dado en su juventud, y le distinguiesen del comun de los oficiales, aun no habia llegado la ocasion de desplegar toda su capacidad. Su hermano Don Alonso de Aguilar, el Conde de Tendilla, el Marqués de Cádiz, y el célebre alcaide de los donceles, fueron los caudillos á quienes se fiaron las expediciones mas importantes, y los que ganaron mas reputacion. Asi es que en las historias generales apenas se hace mencion de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora, y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendicion de Granada; pero las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria con que, saliendo de repente de la condicion de guerrero subalterno, iba á eclipsar la reputacion de todos los generales de su tiempo. Acabada la guerra siguió á la corte, siendo siempre el principal ornato de ella á los ojos de Isabel, que jamas estaba mas contenta y satisfecha que cuando Gonzalo concurría á su presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalia la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas á la lealtad y eficacia de sus servicios, habian establecido altamente su estimacion en el ánimo de aquella Princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos á sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la Reina le dispensaba habria algo mas que estimacion; pero la edad, las costumbres austeras de Isa-



del debían desmentir las cavilaciones de estos mal-sines, cuya envidia quería mas bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocía bien, y sabía hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecían se le designaba al Rey su esposo como el sugeto mas á propósito para llevar á gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen. Fernando lo creía así tambien; y no bien se presentó ocasion en las agitaciones de Italia, cuando determinando tomar parte en ellas, envió á Gonzalo con armada y ejército á Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedicion, y el estado de las cosas, es preciso tomar la narracion de mucho mas arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médices, principal ciudadano de Florencia, se habia roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes estados de Italia, y al cual debia esta nacion algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforzia, dicho *el Moro*, gobernaba el Milanésado, ó mas bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentines y los Reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió á Carlos VIII, Rey de Francia, haciendo alianza con él, y excitándole á la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este estado por las adopciones que Juana I y Juana II habian he-

cho en diversos Príncipes de esta familia, habian sido cedidos á Luis XI, Rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razon de derecho se llegaba la facilidad con que se suponía podria echarse de Nápoles á la casa reinante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia; y sobre todo, la juventud de Carlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchian todos sus cortesanos, y su poder, mas absoluto que el de otro ningun Rey de Francia, levantado así á fuerza de fatigas, y aun crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alonso V el Conquistador, Príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Éste, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugerian. Quizá lo hubiera conseguido; pero murió en este tiempo, y dejó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aun mas aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unian á esta casa con la de Aragon podrian ser un contrapeso al peligro inminente; pero Carlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, habia allanado todos los obstáculos por esta parte; y cediendo al Rey Católico los estados del Rosellon y Cerdaña, habia exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el Emperador Maximiliano, á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su mujer; y en fin, para



no tener oposicion de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjeaban, el Rey de Francia se sometió á pagar á Enrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Asi empezaba cediendo lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar, y segun la expresion de un historiador, se imaginaba el insensato *llegar á la gloria por la senda del oprobio.*

Cárlos en fin baja á Italia con un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, corto número de gente para una expedicion tan importante, mucho mas careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada, y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad: la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses la llenaron de terror, y la expedicion de Cárlos pareció mas bien un viaje que una conquista. Allanado el paso por Placencia: puestos en respeto los florentines: escarmentado el Papa Alejandro VI, que quiso resistirse á entrar en sus miras, marcha á Nápoles, desamparada de sus Reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente, y su entrada parecida á un triunfo, segun la majestad y aparato con que la celebró, le hacia tocar la realidad de los sueños que le habian halagado en París. Ya con una mano amenazaba á Sicilia, y con la otra al imperio de Oriente, por los derechos que le habia cedido un Principe de la casa de los Paleólogos,

21 de febrero de 1495.

cuando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los estados de Italia comenzaron á agitarse contra la potencia de los franceses, que parecia iban á devorarlos todos. El Emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el Rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya Duque de Milan por la muerte de su sobrino, se coligaron para arrojarlos de Italia, prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa comun. A este daño se añadía otro no menos grave. Los franceses por su ligereza, su imprudencia y su libertinaje se hicieron al instante odiosos á los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenian cuenta con los que ó por odio á los Príncipes aragoneses, ó por amor á la casa de Francia les habian favorecido en la conquista: el Rey, abandonado á sus favoritos, ni sabia gobernar ni mandar: el pueblo vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito; dar á uno sin razon lo que se quitaba al otro por capricho; y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaba menos á los príncipes desposeidos. Noticioso pues el Rey de Francia de la liga que se habia formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitacion con que la habia hecho; y á los cuatro meses de su entrada en Nápoles, dejando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel estado, con la otra mitad se